

TEATRO DE POSGUERRA

Al acabar la Guerra Civil, el público que acude al teatro busca entretenimiento. Es un público burgués y el empresario intentará hacer un teatro comercial. Valle-Inclán y Lorca han muerto y otros dramaturgos, como Max Aub (*San Juan*) o Alejandro Casona (*La dama del alba*), se han exiliado. La censura condicionará la producción teatral, el aislamiento supondrá que no se propaguen las tendencias europeas y el cine comienza a ser una seria competencia.

Desde el final de la guerra hasta 1955, el teatro continúa la línea de comedia burguesa empezada años antes por J. Benavente; por tanto, se continúa con los temas tradicionales con una suave crítica en obras de Pemán, Neville o Luca de Tena. Junto a este teatro, aparece el teatro del humor. Esta línea se basa en la recreación de situaciones inverosímiles y absurdas y, especialmente, en el uso de un lenguaje muy ingenioso. Destacan Enrique Jardiel Poncela con obras como *Eloísa está debajo de un almendro*, y Miguel Mihura con *Tres sombreros de copa*. La trayectoria del dramaturgo Antonio Buero Vallejo arranca en esta época con *Historia de una escalera* (1949), un teatro existencial y social que muestra la imposibilidad de unos vecinos por alcanzar sus sueños, tanto por la realidad que les rodea como por su poca ilusión e iniciativa de los protagonistas para lograrlo. Junto a él escribirá Alfonso Sastre con *Escuadra hacia la muerte* (1953).

A partir de 1955 se inicia una etapa donde predomina el teatro social. Un nuevo público, el universitario, hará que proliferen dramas con carácter comprometido y testimonial, donde predominan temas como la injusticia social o la desigualdad. La denuncia muchas veces aparece encubierta. Buero Vallejo escribirá en esta época obras inspiradas en otros momentos históricos para reflejar su mundo; destacan obras como *El concierto de San Ovidio*, *Las Meninas* o *Un soñador para un sueño*. A. Sastre estrenará *La mordaza* (1954), una obra de corte antifranquista que durará muy poco en cartel y L. Olmo, *La camisa* (1962).

En la siguiente década predomina un teatro que busca renovarse a través de la experimentación. El teatro se basa en el espectáculo, donde se da importancia a la música, la escenografía, la mímica y menos a las palabras. La influencia de Brecht o Artaud fue decisiva. Fernando Arrabal sigue esta tendencia creando el teatro pánico con fuertes influjos surrealistas. Destacan obras como *Picnic* o *El cementerio de automóviles*. Buero Vallejo sigue esta línea con *La fundación* (1974), drama que lleva al espectador de la mano de su protagonista, mostrándole una realidad que va cambiando a medida que el personaje recobra la cordura.

Este teatro como espectáculo culminará en los siguientes años con compañías teatrales como el TEI (Teatro Experimental Independiente), Els Joglars, La Cuadra, La Fura dels Baus, La Cubana...

Finalmente, a mitad de los 70, tras años del dominio del teatro experimental, se va volviendo a la estética realista. Desde un punto de vista social y testimonial, los autores se interesan por temas de la vida contemporánea y cotidiana, como la repercusión de la economía, la marginación, las drogas. Esto no excluye los elementos oníricos que se mezclan con la tradición. Destacan obras como *Las bicicletas no son para el verano*, de F. Fernán Gómez (1984) o *Bajarse al moro* (1985), de J.L. Alonso de Santos.